

LIBRARY



JOSE
NAPOLEON
RODRIGUEZ
RUIZ

Nació en San Salvador el 27 de junio de 1930. Ha publicado **Las Quebradas Chachas** (Editorial Universitaria, San Salvador, 1961). Es autor, además, de varios libros de cuento y teatro.

Rodríguez Ruiz cultiva el ensayo filosófico y sociológico. Actualmente es catedrático de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

LAS PUPILAS NO MUY FIJAS

Mírate al espejo. Tienes piel. Tus pupilas se contraen en la luz y se dilatan en la oscuridad. Amas. Sufres. Te preparas todos los días para vivir, para morir como yo me preparo. ¿Por qué entonces te deslizas en las sombras y vienes por las noches a turbarme? ¿Por qué finges odiar lo que yo amo? ¿Por qué tus manos no vacilan en fijar su lámpara cuando duermo?

Anoche viniste. No hacías ningún ruido. Te cercioraste de mi sueño. Respiraste con profundidad. Sentía tu aliento cálido sobre mi rostro. La encendiste y fijaste sus rayos sobre mis párpados.

Mis pupilas dejaron de girar. Yo grité. Grité ante el mundo que de repente se abría frente a mí. Un mundo que no puedo ni quiero describir.

Me despertaste:

—Ya conoces mi poder sobre tí. Mi lámpara es poderosa. Sus rayos mueven tus pupilas. Si te niegas a obedecer ya no tendrán reposo durante el sueño. Sabes bien lo que esto significa: tus pensamientos fluirán invertidos en el tiempo. El futuro será pasado para tí. Y, sin que lo adviertas, te poseerá.

¿Cómo habré de obedecer si tus órdenes son absurdas? Porque resulta, aunque tú no lo desees, que somos iguales. Reímos igual. Lloramos igual. Hemos evolucionado desde los mismos sitios en la historia, y avanzamos hacia exactas metas. De tal forma que esta noche, seré yo quien irá con mi lámpara a tu lecho. Tu me rogarás. Pero la obra, previamente, estará concluida. Resultará imposible el retroceso. Entonces, seré yo quien pronuncie las palabras. Y no tendré compasión.

—Y si somos iguales ¿por qué entonces me persigues sin cesar?

Yo también me pregunto:

—Y si somos iguales, ¿por qué entonces me persigues sin cesar?

—Porque somos iguales te persigo y me persigues. Ninguno de los dos se resigna a jugar el papel de víctima.

—Ninguno de los dos nos resignamos a ser víctimas.

—Y ambos somos víctimas.

—Te oigo perfectamente. Ya vienes. Pero ahora estoy preparado. Mi vigilia me defiende. Anda atrévete. Tú eres el que tiembla porque me encuentras despierto.

—Ya vienes. Tú, el inclemente. Pero ahora estoy preparado. La vigilia

me defiende. Ya no podrás batir mis pupilas durante el sueño porque estoy despierto.

¡Cómo! ¿quién eres tú? A tí no te conozco. ¿Por dónde has entrado? Este era un pacto entre dos únicamente. Tienes la cabeza pesada, de metal, y las cuencas de los ojos demasiado llenos. Nuestra lámpara es ineficaz frente a ti. ¡Vete! aquí no admitimos a los intrusos.

—No me hagas reír, ¿intruso yo? qué ingenuidad. Observa tras de mí. . . ¿qué ves? somos muchos, nuestro número llega al infinito. Te llenas de terror ¿eh?

Son demasiados para nosotros dos. Jamás podremos resistirles. ¿Cuáles serán sus pretensiones? ¿estarán en busca de lo mismo?

—Has adivinado, estamos a la busca de lo mismo. Tus pensamientos transcurren del futuro hacia el pasado. Y eso te da cierta ventaja; pero de ninguna forma escaparás.

Hermano, compañero, en esta hora del desastre ¿por qué no llegas? Ven pronto, aun es tiempo, tu ayuda me es indispensable.

Perseguido, compañero, en esta hora de la angustia máxima ¿por qué no has llegado con tu lámpara? Ven pronto, aun es tiempo. Sin tu ayuda estoy condenado a muerte próxima.

—Pobre de tí, mueves a risa. Te cuesta adquirir consciencia de los hechos. . . ¿No te das cuenta? él no puede venir, él no vendrá, porque ya le hemos visitado.

CIERTA DESVENTAJA AL TOSER DE PRONTO

Subió al tren. Tomó su asiento de costumbre. Empezó a silbar la canción de siempre. Entrecerró los ojos. Afuera llovía. Una lluvia torrencial, persistente. Sintió frío. Frotó las manos en las mangas de su pantalón. Se aburujó en el asiento. Luego la risa. Dentro del humo del cigarro la soledad un poco rota, un ligero ardor en el paladar. Tosió. Y ahí empezó su tragedia.

—Sus papeles, por favor.

—Aquí están.

Volvió a toser.

—¿Está nervioso?

—¡No! ¿por qué habría de estarlo?

—Entonces, ¿por qué tose?

—Tal vez la lluvia, el frío. . . fumo mucho

- ¡Ah! fuma.
- Sí fumo.
- No tiemble.
- Es el frío.
- Aquí dentro no llueve.
- Pero afuera sí.
- No sea respondón.
- Disculpen ustedes.
- ¿A dónde se dirige?
- Voy para...
- Miente: este tren no va para allí.
- Aquí está mi boleto.
- Volvió a toser.
- ¿Por qué sigue tosiendo?
- El abuso del cigarro.
- Usted se burla de nosotros.
- Jamás me burlo de la gente.
- ¿Sabe que este boleto es falsificado?
- ¿Falsificado? están ustedes locos señores.
- No insulte a la autoridad, o tendrá que acompañarnos.
- Con toda humildad, les pido disculpas.

El tren paró repentinamente.

-¡Vea! el tren se ha detenido... ¿Comprende lo que eso significa?

Estoy perdido, ellos no me creerán. De hoy en adelante serán como mi sombra. ¿Qué puedo hacer?, afuera hace mucho frío. Si por lo menos no lloviese. Si por lo menos el tren no se hubiera detenido. Si por lo menos ellos no fueran ellos. El destino es implacable. No puedo resistir el brillo de sus ojos. Podría encender un cigarrillo. Ya no hablan, sólo me miran. Me miran intensamente. ¿Por qué entonces no romper el boleto?, sí, claro! he ahí la solución.

- ¿Por qué ha roto su boleto? ¡ello es un delito muy grave!
- Como afirmaron que era falsificado.
- ¡Ah! ¡estamos en lo cierto!
- ¿Qué me van a hacer?
- ¡Nada! no tenga miedo.

Su grito fue terrible. El tren empezó a moverse de nuevo.

El siguió gritando en vano. Mucho después encendió a duras penas un cigarrillo. Quiso asomar la cabeza por la ventanilla y rompió el vidrio. Se hiró en la frente. Entonces comprendió que ya no había escapatoria. Le vino la necesidad de llorar. Apagó el cigarrillo, restregándolo con el pie en el suelo. Las esposas le producían un dolor intenso en las muñecas.

LA MUERTE DE UN NIÑO POR EL ANCIANO QUE NO FUE

Sintió el aire en una marca de hojas secas, de pequeñas agujas mohosas, desafiantes, que se metían en la piel. Y el dolor de no ser un animal muerto o el viejo cantinero que iba al baño cada dos horas para beber a hurtadillas y cantar melodías tiernas con escalofríos extraños; de no poder murmurar cuando llegue a grande seré un aviador; de no poder soñar con películas de muñecos animados, con la televisión de rayos laser, con el jet que nunca se destruye entre proyectiles-cohetes luminosos.

Llevó la cantimplora a la boca. Bebió ávido hasta que le ardió el estómago y tuvo que vomitar. Luego corrió. A pesar de todo percibía el perfume ácido de la selva: de una selva distinta, sin emboscadas, sin púas, sin abejorros venenosos entrenados para matar. Y el temblor fresco de la noche recorría su cuerpo para hacerle creer de nuevo en el júbilo que produce la humedad.

(¿Estás seguro?

—Plenamente.

—¿No temes que te maten?

—El señor Warren es despiadado. Sin embargo río de su nariz chata cuando aparece en el televisor y me dice: De nuevo pensando, eh?

—Te supuse acostumbrado.

Uno se piensa acostumbrado, capaz de resistir y de repente, habla el señor Warren y aquí me tienes, un voluntario más.

—Medita bien, en esta pregunta. ¿qué te disgusta más en la vida?

—Tal vez el señor Warren. ¡Sí! el señor Warren.

Sobre su cabeza los aviones revoloteaban, se zambullían en el mar, hambrientos, con sus grandes picos clavados en los peces. Y ni siquiera pestañeaba.

El payaso reía porque en el momento culminante, cuando el protagonista estaba a punto de morir y los aviones rectangulares se convertían en gaviotas, cortaba la película. Los niños lloraban, y el payaso para consolarlos, entre piruetas, repartía dulces y de vez en cuando, un beso.

Tanto soñar con el espacio, con el silencio de las nubes, a escondidas de su madre, tendido en las azoteas en un rincón cualquiera del jardín frente al sol pálido con los labios entreabiertos y la mirada perdida en el espacio transparente, o en el gran televisor.

Tanto convertir la realidad en mansos vegetales, erguidos, verdosos, adornados de campanillas tristes sobre regalos cuidadosamente atados, brillantes de celofán y de cintas de colores, en cápsulas lunares perezosos, en ser de los primeros astronautas.

Tanto cortar el aire con un avión atómico, o un submarino, o un tren aéreo, en los columpios llenos de risas y mareas, con la seguridad imaginada de ser un hombre como aquellos que leía en la pantalla.

Resultaba difícil transformar la selva. Olvidar las sanguijuelas, los reptiles parpadeantes, la sobrecogedora visión de un mundo desde arriba como si todo se hubiese convertido en musgo y de repente aparecieran las llamas, el fuego abrasador en el próximo sorbo de aguardiente.

Duérmete. Los niños deben ir a la cama muy temprano, no creas que es bueno pensar tanto.

Cuidado con romper el papel crespón. ¿Quieres ir al circo? Déjame jugar y oír la música en la esquina.

¡Ah! el viejo organillero desdentado y melancólico, con su saco gris muy largo, su gran nudo de corbata y la moneda sobre el platillo o sobre el dibujo de Jesús en las acceras con tiza amarilla y violeta.

Recuerda que mañana es primer viernes. Tendrás que confesarte de nuevo. Además puede venir tu padre.

Por fin obedecía. Entre lloriqueos y gritos se aburría entre las sábanas con la intención de dormir. Y poco a poco iban quedando en la noche únicamente sus pensamientos y la antigua melodía del organillero.

Abrió la caja con avidez. El celofán crujió:

—¡Qué lindo! ¡Es un helicóptero...! ¡y vuela! hay algo más, ¡sí! ¡hh... como yo lo quería... dispara rayos por un cañón y municiones por el otro. Gracias mamá.

Pero no era lo más importante que los insectos hubiesen dejado de morder entre su ropa empapada de alcohol y monosílabos o que la vida estallara en un cielo límpido, solitario. Ni haber sido alguna vez, un niño bueno. O llegar a ser un hombre malo. Aun el hecho de sufrir carecía de importancia, porque resultaba fácil oír la voz del señor Warren.

Dentro de ese mundo la máquina trabajaba a perfección y surgían las órdenes precisas, siempre funcionales.

Se echó sobre el zacate. Ahora el cielo aparecía gelatinoso, pardo, tomó la cantimplora y la vació sobre su pelo, sobre su cara, sobre su pecho lleno de serpientes muertas y tatuadas, exactamente igual a como lo haría el señor Warren.

Apretaba un botón y allá abajo desaparecían las colinas en cráteres oscuros. ¿Qué habrá muerto? Una aldea, un río, la pequeña oruga que intenta la vida por primera vez. Luego la voz del señor Warren. Regrese inmediatamente. Del aeropuerto Z ha despegado una flotilla de aviones enemigos. Descargue sus proyectiles, sin excepción, inmediatamente. Tome la ruta de emergencia. Antes de aterrizar escuchará nuevas órdenes.

La voz del señor Warren apestaba. Pero significaba lo irresistible, una combinación exacta capaz de determinar todos los actos.

El saberse observado siempre, desde lejos, desde cerca, en el aguardo de una falta y oír palabras con un mismo contenido, como si el ser humano no existiese, convertía la vida en una figura geométrica, sin ángulos.

—Has sido entrenado cuidadosamente. El cerebro electrónico nos ha revelado tus cualidades óptimas. En tus actividades no debes pensar más allá, porque es delito. Además, toda tu atención ha de ser aplicada exclusivamente al asunto. De lo contrario fracasaremos.

Era eficiente el señor Warren. Jamás llegó con retraso a la escena, ni siquiera el día en que murió su padre. No permitía observaciones a pesar de ello, muchos le señalaban como un hombre sin error, perfecto.

—Deberías ser como el señor Warren —le decía a menudo su padre— cumplido, eficiente, realizando todas las cosas en que cree sin vacilar.

Cumplió los deseos de su padre, tan exactamente que él era el señor Warren. Se sabía odiado, pero ello no era un obstáculo para continuar hacia adelante, siempre en línea recta. Estaba muy seguro que ni una sola célula de su cerebro funcionaba al descompás de sus propósitos consolidados. Su única debilidad residía en los recuerdos. Pero escapaba de ellos, ante la pantalla cúbica del televisor que se llenaba continuamente de todos los sucesos importantes de su mundo y producía de inmediato un sin fin de responsabilidades.

Por eso corrió hacia la selva. Para esconderse, para empapar su garganta en aguardiente y creer en una realidad así, adormecida, primitiva, sin ojos electrónicos, sin espías, sin haber llegado a ser el señor Warren.

Te agrada el avión angular. Cuando grande voy a ser aviador. Deseo volar como los pájaros. Voy a ser un gran aviador. No querido, serás el señor Warren.

—Mamá, mamá, yo quiero una pistola de verdad.

—No hijo, las pistolas son para la gente grande.

—He sido un niño bueno todo el año; y prometo ser como el señor Warren.

—Por favor, no llores. Tendrás lo que tú quieras.

—Ven acá, nuevamente es hora de dormir; pronto llegará tu padre.

—¿Y me darás una pistola?

—Sí hijo, pero recuerda que tu padre...

Guardó la pistola debajo de la almohada. Y se quedó una vez más pensando, imaginando cosas, con los ojos entreabiertos.

Guardó la pistola debajo de la almohada. Y se quedó una vez más pensando, imaginando cosas, con los ojos entreabiertos.

En la esquina el organillo sonaba sus acordes de siempre. El reloj daba campanadas.

La tomó con las manos temblorosas. Extrajo de su chaqueta otra cantimplora. Más aguardiente. Sintió un miedo horrible de llegar a ser el señor Warren. Tomó la pistola escondida entre las sábanas. La llevó hasta su sien. Y con lentitud, sin temblores, disparó.

Ni siquiera alcanzó a oír el grito de su madre.